

dora (o visión totalizante) en contraposición a la fragmentación de una época y a la sucesión del lenguaje.

Estableciendo nuevo orden, el artista impone su libertad afianzando su papel de engendrador libre dentro de la realidad coercitiva, como dueña de sus propias iniciativas.

El personaje Angela es un ser forjado por la palabra. Lucha por su realización individual y lleva a las últimas consecuencias una actitud que es el resultado de una elección más sometida a las fuerzas irracionales. No prevalece la jerarquía que separa autor y criatura de su propia indagación existencial. La obra de arte repite, así, el acto creador, en el intento del encuentro entre el creador (autor) y su criatura (Angela), el instituidor y la cosa instituida. El lector, cómplice y aliado, por su lectura descifra la escritura y también la realiza. La participación del lector es despertada para que su pasiva función receptora tradicional quede implicada en una actividad de características dialógicas para sentirlo como interlocutor, próximo a su creación. Clarice establece relación más directa entre autor y lector, observando al narrador irónicamente debajo de su máscara. El narrador pasa a ser un yo ficticio, comprometido con la obra como un personaje más. Aunque el foco narrativo sea definido, el clima es de indefinición: la primera persona contribuye a mayor participación, al mismo tiempo que es cuestionadora por la ironía empleada. La objetividad (u objetivación de un espíritu individual) es conseguida por la distancia crítica en oposición al subjetivismo de la primera persona. En las primeras páginas, al exhibir su posición delante del mundo, el autor no hace concesiones, tiene constante intervención en la ordenación del caos. Se aleja de los patrones establecidos, yendo al encuentro de la esencia del *homo fictus*. El lector abandona las convenciones captando la maravilla de la creación que es esta invención con palabras. *Um sopro de vida* —diríamos un soplo de plenitud— es la metáfora del ser en su deseo de trascendencia, que, para la escritora es el escribir, ya que la creatividad es el único modo de salvar la realidad: «Não consigo imaginar uma vida sem a arte de escrever ou de pintar ou de fazer música» (pág. 82).

Clarice Lispector emancipó al autor de su identidad en un emprendimiento de autenticidad creadora. Si el núcleo generador es el cuestionamiento del escribir, la obra no termina en él: hálito, soplo, aliento que permanece palpitante en los seres y objetos, envolviendo el existir de los hombres: «Quando acabardes este livro, chorai por mim um aleluia. Quando fechardes as últimas páginas deste malogrado e afoito e brincalhão livro de vida então esquecei-me. Que Deus vos abençoe então a este livro acaba bem. Para enfim eu ter repouso. Que a paz esteja entre nós, entre vós e entre mim. Estou caíndo no discurso? que me perdoem os fiéis do templo: eu escrevo e assim me livro de mim e posso então descansar.»

Sí, Clarice.

BELLA JOZEF

Universidade Federal de Rio de Janeiro.

CLARICE LISPECTOR: *Onde estivestes de noite*. Rio de Janeiro: Editôra Nova Fronteira, 2.^a ed., 1980.

Narrado en primera persona, en un lenguaje cargado de poesía y misterio, *Onde estivestes de noite* es un conjunto de cuentos que, muchas veces, no son cuentos

en el sentido más tradicional del término, sino unas reflexiones filosóficas, de acción introspectiva, que nos transmiten la soledad, la angustia, el desespero y el miedo de nuestro tiempo. Estos grandes temas de la autora son puntillados de trazos irónicos, de humor, en un proceso de alejamiento crítico, especie de ir y venir que deshace y rehace el propio texto que se interroga sobre el misterio de la creación. El instante que pasa es captado tenso y densamente («é no vazio que se passa o tempo» [pág. 36]), por un alma angustiada y trágica, descendiente de los profetas bíblicos. En su discurso, síntesis poderosas y, al mismo tiempo, barrocas, en una prosa reiterativa que se empapa de palabras y ansias, dejándose conducir por el subconsciente que domina la narrativa y la impregna de subjetivismo. Pero es un subjetivismo especial, el de la búsqueda del *yo* y de su profunda intimidad.

Como en sus demás obras, sin embargo de que cada una añade aspectos renovados, también en ésta hay un compromiso con el hombre y su realidad. Pero no se trata de una realidad externa: Clarice interroga el interior de los seres, dentro de una línea intimista que revolucionó el decir de la literatura brasileña, abriéndole nuevos caminos. Son indagaciones acerca del ser y la existencia, en que palabras y cosas pierden su contorno material, palpable y alcanzan una dimensión incorpórea: «A antiliteratura da coisa» (pág. 75) en que «ser já era um fazer» (pág. 31), que les quita la superficialidad y las vuelve esenciales. Es precisamente esa busca de esencialidad que marca *Onde estivestes de noite*, ese deseo de encontrar palabras que expresen pensamientos más hondos, con la lucidez de la incoherencia y el saber seguro de quien desea ver para afuera, como Angela (pág. 28), que reaparece en otras obras. Los personajes son sorprendidos en el instante de insatisfacción, de la *náusea* engendradora de la crisis, perdidos en el laberinto de su «*vía crucis*», envejecidos e inermes, atrapados por la trampa de la muerte (¿o de la vida?) en el cuerpo y en el alma, a través de los episodios que conforman una existencia.

Se preocupa con el ser humano y sus dudas, sin crear prototipos, con la inevitable ambigüedad de un eterno presente, de acción interiorizada y un enredo mínimo. Un conflicto se instala en la temática de la existencia, donde resurgen recuerdos, percepciones huidizas que se funden con inquietudes metafísicas. Esa recuperación del sentido de un mundo, sin excluir al hombre, presenta todo el encanto de una prosa que se entrega resistiendo, deseosa de contemplar la cara sin arrugas de la eternidad.

BELLA JOZEF

Universidade Federal de Rio de Janeiro.

HILDA HILST: *Da morte. Odes minimas*. São Paulo: Massao Ohno/Roswitha Kempf Editores, 1981.

En treinta años de poesía, Hilda Hilst ha ido depurando su técnica a cada volumen, en el intento de decir lo indecible. Estas *Odes minimas* tienen como *leit-motiv* la muerte, con meditaciones ya presentes en obras anteriores. En el último encuentro del poeta, el encuentro ansiado, definitivo, enfrenta la muerte cara a cara, con serenidad. Pues la muerte habita al ser. El ser del hombre *es* en la muerte, la única ocasión en que manifiesta su individualidad. La muerte es el salto para la libertad y la trascendencia. Según Camus, el orden del mundo es reglado por la muerte. Paradoja de la muerte: no contesta a nuestra interrogación y llena de espanto nuestro discurso. Toma el valor de metáfora de la vida. Mirando hacia las